

Myrtia, n° 27 (2012), 391-399

Relecturas de Petronio. La *Cena de Trimalquión*, la *Bajada a los Infiernos*,
el *Simposio* de Platón, *El Gran Dictador**

[Rereadings of Petronius: *Cena Trimalchionis*, *Katabasis*,
Plato's *Symposium*, and Chaplin's *The Great Dictator*]

Ana Pérez Vega**

Universidad de Sevilla

*A mi madre,
de la que he aprendido tanto,
y que tantas dificultades supo remontar desde niña,
con mejor fortuna que Petronio.*

La intención de esta nota es centrarse en tres aspectos del *Satiricón*. Primero, en la *Cena de Trimalquión* como visión esperpéntica (antineroniana) del *Simposio* de Sócrates-Platón: a mi modo de ver, uno de los significados fundamentales del *Simposio* de Trimalquión-Nerón. En segundo lugar, presentar la *Cena de Trimalquión* como una *catábasis*, una bajada a los infiernos, pues en mi lectura de la obra no fue otra cosa el reinado de Trimalquión-Nerón, tal como intento mostrar que se percibe en la novela. En tercer lugar, sugerir la *Cena de Trimalquión* como intento no fallido, pero sí letal, de hacer la misma advertencia que hizo Chaplin sobre Hitler en *El Gran Dictador*, advertencia tras la cual Chaplin sobrevivió, Petronio no.

Para que esta nota se comprenda bien, es necesario partir de algunos antecedentes. Todos recordamos el shock emocional que nos causó la primera lectura de *Satiricón*. Puedo resumir mi primera e ingenua lectura de Petronio de la siguiente forma, que con razón podrá ser tachada de coloquial, pero no de insincera: “¡Maaadre mía!” ¿Cómo podía haber escrito nadie tanta cantidad de barbaridades juntas, y por qué, y para qué?

* Es un placer y un orgullo dar aquí las gracias a Francisca Moya del Baño, que cree mucho más en mí que yo misma. Deseo dar las gracias a Diego Vaya, a José Solís de los Santos y a Guillermo Jiménez por su atenta lectura y sus acertadas sugerencias. Es mi deber dar las gracias al Proyecto de Investigación Liber III y CHH1-Liber IV.

** Dirección para correspondencia: Dpto. de Filología Griega y Latina. Facultad de Filología. C/ Palos de la Frontera, s/n. 41004 – Sevilla (España). E-mail: apvega@us.es.

Corría el año 1982. Yo asistía voluntariamente a las clases de *Latín Vulgar* de mi maestra y amiga Emma Falque. Pero, a decir verdad, por más que me aplicaba e intentaba concentrar toda mi atención en lo que ahora llamo mi *shintoísmo* (mi veneración por las palabras latinas como ancestros, como esencia, de nuestro bien amado español), casi toda mi atención se me iba hacia el indescifrable *Satiricón*. Era una tarea imposible, inverosímil para mi edad. No tenía la formación necesaria para apreciar una obra tan compleja como esta. Tampoco la tengo ahora, y no creo que la tenga nunca, en realidad. Es un libro necesariamente lleno de secretos, de susurros, de “el que pueda oír, oiga.” Cosa comprensible, a mi entender. Incluso ahora, que yo misma imparto *Latín Vulgar*, y debo centrarme en la historia de nuestra hermosa lengua, me encuentro en el lado de los que no dudan de que el *Satiricón* fue escrito durante unos momentos atroces, durante el terror de la dictadura de Nerón,¹ en una época donde ¿le cabía a Petronio en la cabeza que el dictador reflexionara?, ¿se daba ya Petronio tan por perdido que decidió autoinmolarse con este *espejo del príncipe* tan suicida?, ¿era esta obra su testamento final, una lección de dignidad, cuando consideraba su *mors voluntaria*—repugnante expresión para su inminente condena a muerte— más que asegurada?

Como digo, yo era demasiado joven. Solo podía intuir los misterios que iban más allá de la historia de la lengua, y sabía que debía centrarme en la lengua, en las clases, en las obras de referencia, en los manuales.

Pero ni siquiera así podía llegar a asumir la literatura secundaria. No era capaz de admitir que Petronio no fuera más que un desequilibrado, un pervertido, una especie de Oscar Wilde a lo grotesco, y que su obra, ingeniosa pero sin norte, no contuviera otra cosa que una *ensalada*² de cosas sutiles y talentosas, solo que en forma de despropósitos, en gran medida soeces, desestructurados, deslavazados, y por todo ello desportillados, mal conservados, como a la vista están.

A su vez, pesaban mucho en mi subconsciente las palabras de Tácito sobre el *Petronius, arbiter elegantiae*, “ajusticiado” (nunca peor dicho) por Nerón.

Al contrario, pese a mi ignorancia, tan grande como atrevida, yo tenía la fuerte sensación, y en verdad, la convicción, de que esa obra gigante no era la de un mero “libertino”, y de que se equivocaban en su apreciación las historias de la literatura

¹ La bibliografía de ambos bandos es amplia, y requiere un acto de fe; no hay pruebas, no hay milagros: por lo tanto, solo cabe recomendar a aquellos que dudan de si Petronio es o no es el Petronio Árbitro de Tácito, mandado matar por Nerón, que lean *Satiricón* y luego el *Nerón* de Suetonio “con los ojos de ver” (*Amica Aemilia, sed plus quam Aemilia amica*), y si aun así no lo ven, que se coloquen en el otro igualmente respetable lado (mi frase puede parecer irónica, pero créanme que no lo es).

² Para mí dudoso étimo de *satura*.

(tan distintas y tan distantes a veces de la Literatura en Sí), las mencionadas obras de referencia, los comentarios al uso, e incluso mi inseparable vademécum de aquel entonces, el *Oxford Classical Dictionary*, en su segunda edición, de 15 de octubre de 1970, ese fetiche de todo filólogo clásico que ahora recién estrena su flamante cuarta edición, de 29 de marzo de 2012.³

Pensé que la obra requería sucesivas lecturas y relecturas y que deberíamos ir poco a poco, más despacio, haciendo una reinterpretación más demorada y más meditada, más contextualizada de la obra, o al menos eso deseaba hacer yo.

Lo veía especialmente necesario en este caso, porque no creo que sea temerario decir que esta obra suya, única en sus dos sentidos, esta “novela griega escrita en latín”⁴ es una de las más grandes obras que atesora la humanidad, y paradójicamente, pese a las apariencias, por su Belleza y su Bondad, en el sentido de Platón: Platón, esa presencia para mí indudable en toda la obra, de la que proviene la inversión irónica de la Cena o *Simposio* de Nerón-Trimalquión. Quizá en rebeldía por la propia forma en que lo bello y lo bueno fue pisoteado en la época de Nerón, quizá por el destino tan semejante al de Sócrates que le esperaba a Petronio.

No es raro, por tanto—y aun así, lo es—, sino más bien admirable, que su lectura, y su relectura, y siempre su relectura, pueda ser, y deba ser, y sea de hecho inagotable.

Las mías en concreto se convirtieron en anuales. Empecé a hacer de él lectura obligatoria para mis estudiantes y para mí misma en cada curso. Y vi que la primera reacción de los estudiantes era con frecuencia la propia de su edad, la ingenua, la escandalizada, el casi inevitable ¡*Maaadre mía!* inicial, del cual por desgracia no pasan muchos lectores... En parte por culpa nuestra, de los filólogos, triste papel el de gran parte de la filología, que a menudo no hace su labor de intermediaria entre el lector y el autor, sino que con frecuencia los aleja entre sí, en vez de acercarlos, asustando al lector.

A pesar de todo, los más avanzados de entre esos buenos estudiantes, se cuestionaban su propia ingenuidad nada más cerrar el libro y comparar con el *Nerón* de Suetonio, la lectura siguiente que yo les indicaba.⁵

Leyendo y leyendo, al autor, con la ayuda de algunos interpretes selectos, pero sobre todo a solas con la relectura, comprendí que había que ahondar mucho más, paso tras paso, y así, poco a poco, fue cambiando todo para mí.

³ *The Oxford Classical Dictionary, Fourth Edition*, editado por SIMON HORNBLOWER, ANTONY SPAWFORTH y ESTHER EIDINOW, Oxford, 2012, por desgracia todavía no en mis manos.

⁴ MARGUERITE YOURCENAR, *A beneficio de inventario* (1962).

⁵ Los paralelismos han sido ampliamente estudiados por los filólogos que se posicionan, como yo misma, en considerar que Trimalquión es un esperpento de Nerón, cf. el reciente libro de GARETH SCHMELING (2011).

Cada vez que releía el libro veía cosas y más cosas, que no se reflejaban en la literatura secundaria, con frecuencia tan cercana al microscopio (usos morfológicos, sintácticos, léxicos, “*homoioopróphora*”, “*homoioteléuta*”... palabros y más palabros), con frecuencia tan lejana al telescopio.

* * *

Con la suma de todo, del texto, de la relectura, de unos pocos pero sabios libros juntos, del apoyo de los buenos estudiantes, y combinando por igual, a la par, microscopio y telescopio, vi que podía ahondarse en la obra, y llegar cada vez más y más allá.

Fui observando que “nada es lo que parece.”⁶ El libro comenzaba como un *Bildungsroman*, una *Novela de aprendizaje*, y lo es, vaya si lo es. El narrador, Encolpio, se nos presenta como una especie de joven “Erasmus” en viaje de estudios, a la vez que como un Catón integérrimo,⁷ en la escuela de retórica de (en la “Universidad de”) Agamenón, exhibiendo, aparentemente, una irreprochable alta moral. Bueno será que no olvidemos que en el fragmento empieza hablando justamente de la libertad y de los tiranos. Incluso el ataque de Encolpio a la inanidad, a la vanidad, a la inutilidad de la retórica reinante da que pensar: era vano de hecho todo lo que se dijera en el Foro, en la política, durante la plena dictadura de Nerón (abajo va un ejemplo), y más vano aún lo que escribía el propio Nerón, al que se alude entre líneas desde las primeras páginas (él es la urraca, papagayo, el no poeta en toda la literatura “argéntea”⁸ antineroniana). En cuanto a la afirmación de que la juventud estaba perdida, no tardaríamos mucho en comprobarlo. Porque la delusión inicial duraba poco. Volvemos la página y el Encolpio subsiguiente ya no se corresponde para nada con el inicial (apariencia, realidad, verdadero, falso, *dóxa*, *alétheia*). Al instante lo vemos ya en su verdadero ser, como Petronio desea que lo veamos, como una especie de Ulises antiheroico⁹ en el camino de su vida. Prosigue su viaje, su novela de aprendizaje, haciendo él igual de vanas e inanes sus propias palabras, aquello de lo que poco antes se quejaba, y formando *pars maxima* de la juventud pervertida que denunciaba, pues Encolpio no está ni remotamente dedicado a la moral, ni a los estudios, ni a ninguna cosa bella y buena, sino al mal amor, a la corrupción, al delito, y en una palabra, junto con sus compañeros de viaje, a *simbolizar* a toda una época. De una página a la

⁶ Una de las claves presocráticas de la poesía de Javier Sánchez Menéndez.

⁷ En palabras de José Solís de los Santos, y, como bien añade él, “léase *integuérri*mo”.

⁸ No estoy de acuerdo con este nombre. El autor que es áureo, es áureo. Petronio lo es.

⁹ Las alusiones a la *Odisea* son continuas, y es bien conocido que fue Petronio, más que Homero, el modelo del *Ulises* de Joyce.

siguiente descubrimos que ningún personaje del libro cultiva otra cosa que la pura fealdad y maldad, la pura *aischrokaikakía*,¹⁰ y la novela no contiene ni un solo personaje ni una sola situación, ni una sola intención que no sea la de exhibir, con ironía y con sarcasmo a toda una sociedad (es decir, a hacer la denuncia de ella), y así debe ser si, como opino, todo el libro no es sino el fiel reflejo del imperio de Nerón.

Haciendo una panorámica: Encolpio sale de la escuela y persigue a sus “amigos”, a sus “hermanos”, Ascilto y Gitón,¹¹ no para “aprender en el viaje de la vida,” sino porque teme que le estén poniendo los cuernos (tan coloquial como cierto, lo sospechaba bien); como recién llegado a la ciudad le pregunta a una venerable anciana (*divina*, étimo de adivina; divina a su vez por ironía), que si ella sabe dónde vive él (¡!), y la venerable anciana no lo conduce a su posada, sino a un lupanar; simultáneamente, su eco social masculino, el respetable padre de familia ha conducido al mismo sitio a Ascilto, y no para sacarlo del mismo apuro, sino para intentar sodomizarlo; luego aparece una palabra con frecuencia no bien valorada: beben *satyrion*, ¿y no será que la esencia de la *sátira*, “tota nostra” romana, tiene más que ver con los sátiros y el desenfreno que con la tan traída y llevada “ensalada”?; cuando se reúnen los tres amigos, no hablan sesudamente de lo divino y de lo humano; Gitón acusa a Ascilto de haber intentado abusarlo, y Ascilto revela a su vez que él mismo fue violado, en su día, por Encolpio. ¿Qué cabe pensar? Más tarde Encolpio se dispone a gozar de Gitón con el mal amor: dicho sea sin homofobia, sino porque ese amor no tiene ni rastro del amor de Sócrates-Platón; a Encolpio no lo redime siquiera su loco amor (su *furor*) por Gitón, porque, lejos de responder al ideal platónico de que el amor perfecciona el alma, y la hace más noble, y la pone en contacto con lo más sublime,¹² su mal amor sacaba lo peor de él mismo; en este punto irrumpe Ascilto y los dos rivales se pegan; tras una laguna del texto aparece el conocido pasaje sobre el *manto y la túnica* perdida, sobre el tesoro escondido en la ropa sin valor, sobre el *rusticus* y su *muliercula*, un episodio que estudia el azar, el delito, y el juego casi indescifrable de la apariencia y de la realidad, de lo verdadero y lo falso: la prenda que *parece* valiosa no lo es, y la *muliercula* que *parece* una rústica campesina¹³ acaba

¹⁰ Fealdad y maldad, en el sentido opuesto al de la platónica *kalokagathía*, la belleza y la bondad platónicas.

¹¹ Como sabemos los nombres griegos del *Satiricón* son nombres parlantes, y han sido muy discutidos. Valga de ejemplo el que un español, J.A. González de Salas en su edición del *Satiricon* de 1629 ya dio gran importancia a este aspecto.

¹² Si fundimos el *Simposio* y el *Fedro* concluimos que en la misma sede del alma residen las manías erótica, poética, profética y mística, todas originadas en el Amor.

¹³ Es fundamental para entender a este personaje compararlo con la *aparentemente* insignificante mujer de Milón en Apuleyo: la futura maga/bruja Pánfila (verdadero, falso, apariencia, realidad, *dóxa, alétheia*).

por convertirse (c. 16) en la muy religiosa Quartilla, cuyos piadosos sacrificios han profanado los tres “amigos”, cosa que tendrán que expiar; y esos sacrificios, ¿son al Dios supremo (Júpiter), a Juno, diosa del matrimonio (recordemos que ella aparece previamente como la *muliercula* del *rusticus*), a la casta Diana? Pues no, son a Priapo, con lo cual ya sabemos cómo interpretar la orgía que necesita organizar Quartilla cada vez que le reaparecen sus *fiebres tercianas*, y la celebran de tal modo que cuesta creer que sean de verdad “*tercianas*” (cada tres días); en el reparto de dicha orgía destacan dos cosas: en segundo lugar, el hecho de que la doncella de Quartilla se llame Psique (¡!),¹⁴ y, en primerísimo, las sacrílegas “bodas” que celebran Gitón, adolescente a la vez que efebo o muchacho de placer de Encolpio y Gitón, y la niña de siete años cuyo nombre es Pannychis, “Cada-Noche”, “Todas-las-noches” (¡!); y como siempre en este libro, cuando una cree que no puede sobrepasarse ya el límite de lo que acabamos de leer sigue luego algo peor: Quartilla y su “virginidad”, la *domina* declara que ella era todavía de menor edad que Pannychis cuando perdió tal cosa, de manera que ni siquiera la recuerda; pensamos que no se puede superar esto con nada más, y la boda está siendo espiada por una rendija, y para no dejar espacio a que nos sobrepongamos, en el ínterin Quartilla se excita con Encolpio mientras miraban la lúbrica “boda”.

Así es como llegamos, estupefactos, a la Cena de Trimalquión. No nos llama la atención, durante muchas y muchas lecturas, que lo primero que se mencione sea un baño, por dos veces, con demora, y no lo ponemos en relación con la Laguna Estigia ni con el Río Leteo, ni damos ninguna interpretación al siervo de la cocina que llama la atención sobre *cuánto de vida hemos perdido*;¹⁵ ni percibimos que el Trimalquión-Nerón que aparece en escena es esperpéntico, al mismo tiempo que está insistentemente divinizado (ejemplos, la inmediata libación a su salud 28,3, su representación más abajo como Mercurio, etcétera), ni percibimos tampoco nada infernal en el letrero de los cien azotes; y en cuanto a las similitudes de Trimalquión-Nerón, absolutamente obvias al comparar nuestro texto con el de Suetonio,¹⁶ al principio no interpretamos de ninguna manera concreta la jaula de oro donde colgaba una pega, una picaza, una urraca, lo opuesto a las musas, como sabemos por Ovidio; ni nos llama la atención el “*Cave canem*”, que en una lectura plana relacionábamos con Pompeya, no con Cérbero; no notamos que el Trimalquión-Mercurio con su caduceo es una realidad: es Nerón el psicopompo, él conduce las almas de tantos y

¹⁴ No lo digo solo por la pervivencia en Apuleyo, sino por la aberración en sí, en esta propia novela, dado el incalificable papel del personaje.

¹⁵ “...ut subinde sciat quantum de vita perdidit!” Cf. Sen. *Epist.* 1, como me sugiere José Solís de los Santos.

¹⁶ Especialmente R.H. CRURM (1952); C. VOUT (2009).

tantos romanos al Más Allá, empezando por su familia, y siguiendo por los más allegados, y por todos los ricos hombres cuya fortuna el emperador decidiera ambicionar; ni nos dicen nada las parcas y su rueda de oro, ni los lares con Venus (autoatribuido ancestro de la familia Julia, ahora ya Julio-Claudia); la “primera barba” sí nos dirá mucho cuando leamos el *Nerón* de Suetonio; ni nos damos cuenta de la buscada similitud entre Trimalquión, liberto al fin, con las insignias consulares (imperiales). Dejando a un lado las excentricidades de los platos en sí (sospecho que alusivas a situaciones vividas por Petronio), prescindiendo de las músicas y del órgano hidráulico, del esclavo *Carpus* y de los demás aspectos en los que, con los ojos de ver, algunos vemos a Nerón, pasamos al esqueleto, a los versos chocarreros sobre *homuncio* mortal, al Orco, al jabalí liberado un día (*aper pilleatus*) pero descuartizado igualmente al día siguiente.

Cuando Trimalquión se va ni más ni menos que al retrete con el vientre suelto, no es posible sustraerse de comparar las intervenciones de los conlibertos, clientes y aduladores del patrón, que hablan en su ausencia, con los sabios que intervienen en el *Simposio* de Platón, pero mientras que los unos (en Platón) hablan de manera, efectivamente, sabia, buscando definir el Amor en Sí, hasta concluir que el amor es algo más que un sentimiento, que es un demon divinizador, y una vía de conocimiento de lo sublime y el intermediario entre los dioses y los hombres, los otros (en Petronio), “que habían alcanzado la libertad sin el tirano”¹⁷ hablan de la Roma y el imperio de Nerón: de lo cotidiano, de la suciedad, del frío, de muertos, de viudas, de gentuza (Crisanto y su hermano), de viejos verdes, del hambre que devastaba el país, de la sequía, de la corrupción, del miedo: *si nos coleos haberemus (...)* *Nunc populus est domi leones, foras vulpes*:¹⁸ ¿mejor definición de un reinado del terror?; se habla también de la solución: ¿el “fútbol”? ¿los “toros”? Casi, casi: pero, cómo no, superados por los gladiadores con su *carnarium in medio*, carnicería en el medio, como en todos los tiempos, también el de Nerón. Más curiosa es otra similitud, que arrastra desde el jabalí liberado y al día siguiente descuartizado: llegan tres cerdos blancos (recuérdese cómo era el color de las víctimas sacrificiales, y el ropaje de la clase senatorial), y Trimalquión-Nerón da a elegir a sus comensales, a sus consejeros, a cuál de ellos matar, y sin esperar respuesta de unos convidados-“senado” que no servía para nada, *maximum natu iussit occidi*, como en la realidad histórica, manda matar al mayor en edad, también traducible como el de mayor alcurnia, interpretación indemostrable, susurro para “el que quiera oír, oiga” que corroboran las diversas alusiones a los testamentos que hay a lo largo de la obra.

¹⁷ “Nos, libertatem sine tyranno nacti.”

¹⁸ “Si nosotros tuviéramos cojones (...) Ahora el pueblo es en su casa leones, fuera zorras” (44,14).

Quedan ya pocos detalles que comentar, que no se deduzcan por sí mismos de lo antedicho. Solo quedan algunos más que tienen para mí un interés especial.

Habinnas: casi tan rico como su amigo Trimalquión, llega vestido de blanco (como los cerdos, como los *maximi natu*), y a su llegada es tal la parafernalia que parece un magistrado, un cónsul, un pretor, cuando es, “lógicamente”, un marmolista, un experto en panteones, pues alguien tenía que beneficiarse de enterrar a los muertos de la dictadura de Nerón, y claro está que sería muy rico, y también muy amigo suyo.

El baño final: ha sido bien visto por pocos estudiosos (con los que coincido, leídos a posteriori)¹⁹ como lo que es, como la salida de la catábasis, la huida del infierno, con el *atriensis* en su papel de Caronte, con el perro en el papel de Cérbero, y con el cebo que le da Gitón para aplacarlo, al igual que en sus paralelos.

El gallo: que nos evoca el *Fedón* y la muerte de Sócrates, que nos recuerda el momento en que Sócrates pide que se ofrende un gallo a Asclepios pues, en mi interpretación del *Fedón*, gracias al poder de Asclepios y a sus pócimas, amanecerá para Sócrates (*gallo*) una nueva vida, la verdadera, la que existe para Sócrates después de la muerte. Puede que aluda también Petronio con el gallo a su propia muerte, semejante a la de Sócrates; o puede que se refiera a su gran deseo de que muriera el dictador (de ahí el miedo que sobrecoge a Trimalquión).

Ágora: los que hayan visto la película de Amenábar y no comprendan el por qué de la manumisión de Davus después de la violencia que hace a Hipatia, puede que encuentren una explicación y un exacto paralelo en el capítulo 54 de este libro: “para que nadie pudiera decir que tan gran hombre hubiera sido herido por un siervo.”

Final. Como ya he dicho arriba, esta obra tiene un malhadado parentesco con *El Gran Dictador*, o con *Suite française*, o con el *Fedón*. Pues muchos nos hicieron la misma advertencia que hizo Charlie Chaplin, pero Petronio (como Sócrates, o como Irène Némirovsky) no sobrevivió. El gallo que aterraba a Trimalquión podía rondar muy mucho por la mente de Petronio.

Yo, que no soy Juana de Arco, precisamente, por eso admiro tan ilimitadamente la muerte de Sócrates o la de Petronio, entre la de tantos otros. Ahí están y estarán siempre, para enseñarnos con sus ejemplos uno de los caminos verdaderos hacia la Belleza y la Bondad.

Si nos coleos haberemus...

¹⁹ Cf. R.M. NEWTON (1982).

Bibliografía:

- R.H. CRURM (1952), "Petronius and the Emperors, I: Allusions in the Satyricon," *CW* 45, 161-67.
- R.M. NEWTON (1982), "Trimalchio's Hellish Bath", *CJ*, 77, 315-19.
- J. PRAG-I. REPATH (edd.) (2009), *Petronius: a handbook*, Chichester, UK, Wiley-Blackwell.
- G. SCHMELING (2011), *A commentary on The Satyrica of Petronius*, Oxford University Press.
- C. VOUT (2009), "The Satyrica and Neronian culture", en J. Prag- I. Repath (2009), 101-113.

Ana Pérez Vega
Universidad de Sevilla